

LO DEMAS ES POESIA

DE LA AMISTAD

Amigos míos: Pienso
que el corazón del hombre
lanza su sangre en un circuito abierto
que llega la corazón de los amigos
para volver al nuestro.
(El que guarda su sangre para él solo
ese es un hombre muerto).
Y que vivir no es más que hacer amigos.
Que vivimos en ellos.
Que hablar sin ser oído es estar mudo,
mirar sin ser mirado es estar ciego.
Que aquél que haya vivido sin amigos
es que ha soñado y ha olvidado el sueño!

Sólo si oís mi corazón, me late.
La existencia se narra como un cuento;
si no se narra y se comparte,
la vida es como viento sobre yermo
que pasa sin mover hoja ni espiga
ni cabello.
Yo viviré lo que deseen ustedes.
Cuando olviden mi nombre, me habré muerto;
pero seré inmortal con que un amigo
me erija un buen recuerdo.
Para entonces dirán de vez en cuando:
—Aquel amigo Pedro,
después de todo no era mal muchacho...

Y guardarán silencio.
Y el pequeño lugar que yo ocupaba
sobre la tierra volverá a estar lleno.

Esa es, amigos míos,
la gloria que les debo.
He conocido acaudaladas gentes
que se han marchado sin que aúlle un perro.
Yo espero que al marcharme,
de verdad, me acompañe el sentimiento.

LA MALETA

Ya tengo preparada la maleta,
una maleta grande, de madera;
la que mi abuelo se llevó a La Habana,
mi padre a Venezuela.

La tengo preparada: cuatro fotos,
una escudilla blanca, una batea,
un libro de Galdós y una camisa
casi nueva.

La tengo ya cerrada y rodeándola
un hilo de pitera.

Ha servido de todo. Como banco
de viajar en cubierta,
y como mesa y, si me apuran mucho,
como ataúd me han de enterrar en ella.

Yo no sé dónde voy a echar raíces.
Ya las eché en la aldea.

Dejé el arado y el cuchillo grande,
las cuatro fanegadas de la vieja...

—La hostelería es buena, me dijeron.

Y cogí la bandeja.

—Si señor, no señor, lo que usted mande,
servida está la mesa...

Yo por vivir entre los míos hago
lo que sea.

Vi a las mujeres pálidas del norte
arrebatarse como hogueras
y llevarse las caras como platos
de mojo con morena,
tanto que aquí no dejan ni rubor
para tener vergüenza...

Vi vender nuestras costas en negocios
que no hay quien los entienda:
vendía un alemán, compraba un sueco,
y lo que se vendía era mi tierra!

Pero no importa, me quedé plantado.
Aquí nació, de aquí nadie me echa.
(Hasta que el otro día lo he sabido,
y he hecho de nuevo la maleta).

He sabido que pronto
van a venir de afuera
técnicos de alambrear los horizontes,
de encadenar la arena,
de hacer nidos de muerte en nuestras fincas,
de emponzoñar el aire y la marea,
de cambiar nuestros timpler por tambores,
las isas por arengas,
las palabras de amor por ultimátums,
por tumbas las acequias...
Si se instalan los técnicos del odio
sobre nuestras laderas,
los niños africanos, desvelados
bajo la lona de sus tiendas,
mirarán con horror las siete islas,
no como siete estrellas,
sino como las siete plagas bíblicas,
las siete calaveras
desde donde su muerte, y nuestra muerte,
indefectiblemente se proyectan.

Yo por mi parte
cojo la maleta.

La maleta que el viejo
se llevó a las Américas
en un barquillo de dos proas.

¡Qué valientes barquillas atuneras!
Tienen dos proas, una a cada lado,
para que nunca retrocedan.

Vayan a donde vayan siempre avanzan.

¿Quién dijo popa? ¡Avante a toda vela!

Y yo... voy a marcharme, reculando.

Voy a dejar que crezca
sobre esta tierra mía
toda la mala hierba.

Voy a volver la espalda al forastero
que vendrá con sus máquinas de guerra
para ensuciar de herrumbre las auroras,
de miedo las conciencias...

Pensándolo mejor, voy a sacar
de la vieja maleta
el libro, la escudilla, la camisa,
la batea,
voy a pintar y a barnizar de nuevo

ROMANCE DE LA PAZ CONDENADA

La boca puede besar
cuando de besar se trata.
Puede comer, si le dan,
y puede escupir la rabia.
Pero lo que da razón
a la boca es la palabra.
Sin ella, la mía es
mortal herida en la cara.

Por eso cantó mi boca
la paz ¡y vuelve a cantarla!

Pero no hay palabras buenas
para entendederas malas.
Si digo rosa, la rosa
se pone tan colorada
que hasta la rosa se olvida
de que hay también rosas blancas...

Yo dije: buscad la paz.
Y la paz que aconsejaba
¿no era la blanca paloma
apostólica y romana?
Tiñeron la paz de rojo.
Vistieron la paz de máscara.
Dije y digo: quiero paz
a la puerta de mi casa.
La paz no tiene color,
ni bandera, ni morada.

La paz no tiene vergüenza
de desnudarse en la plaza.
La paz es madre de todos,
pero de ninguno ahijada.

Por la razón de mi boca
digo que la paz se haga.
Que la simiente sea mies,
y la mies se eche a la parva,
y la trilla la navegue,
y julio aviente la paja,
y el grano grávido quede

y se mueva junto al agua...
Y las manos de los hombres
modelen cada mañana
esa escultura de amor
que es el pan de quien trabaja.
Que desde que abran los ojos
hasta que acuesten la cara
pan y paz hagan los hombres.
(Tan parecidas palabras
son la paz y el pan, que entiendo
que de lo mismo me hablan).

Pero vistieron de rojo
la paz que yo aconsejaba.
Y alguna razón tuvieron
para mirarla encarnada.
¡La paz será siempre roja
mientras sangre como sangra!

La boca puede besar
cuando de besar se trata.
Puede comer, si le dan,
y puede escupir la rabia.
Pero lo que da razón
a la boca es la palabra.
Sin ella, la mía es
mortal herida en la cara.

Por eso cantó mi boca
la paz ¡y vuelve a cantarla!

Pero no hay palabras buenas
para entendederas malas.
Si digo rosa, la rosa
se pone tan colorada
que hasta la rosa se olvida
de que hay también rosas blancas...

Yo dije: buscad la paz.
Y la paz que aconsejaba
¿no era la blanca paloma
apostólica y romana?
Tiñeron la paz de rojo.
Vistieron la paz de máscara.
Dije y digo: quiero paz
a la puerta de mi casa.
La paz no tiene color,
ni bandera, ni morada.

La paz no tiene vergüenza
de desnudarse en la plaza.
La paz es madre de todos,
pero de ninguno ahijada.

Por la razón de mi boca
digo que la paz se haga.
Que la simiente sea mies,
y la mies se eche a la parva,
y la trilla la navegue,
y julio aviente la paja,
y el grano grávido quede

y se mueva junto al agua...
Y las manos de los hombres
modelen cada mañana
esa escultura de amor
que es el pan de quien trabaja.
Que desde que abran los ojos
hasta que acuesten la cara
pan y paz hagan los hombres.
(Tan parecidas palabras
son la paz y el pan, que entiendo
que de lo mismo me hablan).

Pero vistieron de rojo
la paz que yo aconsejaba.
Y alguna razón tuvieron
para mirarla encarnada.
¡La paz será siempre roja
mientras sangre como sangra!

ELEGIA SENCILLA

Cuántos días conmigo, cuántos días
me debías, amigo.
Cuántos días conmigo
me debías.
Cuántas cosas de ti, cuánta mirada,
cuánto amor, cuánto llanto, cuánta vida...
¡Y te has marchado sin pagarme nada!

Y te has marchado allá, sin despedida,
lejos, como enfadado,
sin dejarme un adiós ni por cumplido.
Amigo, así te has ido,
como un maleducado.

Silenciaré tu nombre y mi lamento,
Que el pez respire sal, respire yodo,
que yo respire viento,
que tú, tan dulcemente en tu elemento,
respire sombra y lodo.

Porque es la muerte una mofeta hedionda,
detesto refregarme entre los huesos.
Mientras ella me ronda
yo prefiero las flores y los besos.
Es fuerza, amigo mío, que no cese
mi alegre recorrido.

Es fuerza que tú duermas y yo bese.
Sólo cuando callemos,
juntos como dos labios en olvido,
más allá del dolor descansaremos.
¡Qué descansada muerte, huir del ruido!...

Pero no te perdono que te fueras
tan lejos y tan mudo y tan temprano,
como si no me conocieras
ni me quisieras dar la mano.

Pedro Lezcano
Las Palmas